

bajel, y el marinero no puede ver al marinero que á su lado tiembla.

Súbitamente, un movimiento comunicado allá en las regiones de la aurora, anuncia que Dios acaba de abrir el tesoro de las tempestades. Rota la barrera que detenía el torbellino, los cuatro vientos del cielo comparecen en presencia del Arbitro de los mares. El bajel huye y presenta la rechinante popa al soplo impetuoso del Oriente, y durante toda la noche surca las centellantes olas. El nuevo día nace y no derrama otra claridad que la necesaria para ver la inminente tormenta; las ondas se desplazan con monotonía uniformidad; y sin los mástiles y el casco de la galera, en que el viento gemía en desiguales remolinos, ningún otro rumor hubiérase oído sobre las aguas. Nada más amenazador que aquel silencio pavoroso en medio del tumulto, que aquel orden en medio del desorden. ¿Cómo, cómo salvarse de una tempestad que parecía tener un objeto determinado y premeditados furios?

Por espacio de nueve días la nave fue impelida hacia el Occidente con irresistible violencia, y al terminar su curso la décima noche se vislumbraron al inseguro resplandor de los relámpagos unas costas sombrías, de altura al parecer desmesurada. El naufragio se presentó entonces inevitable; por lo que el piloto colocó á cada marinero en su respectivo puesto, y mandó á los pasajeros se retirasen al fondo de la galera; estos obedecieron y oyeron cerrarse sobre sus cabezas la fatal escotilla.

En tales momentos es cuando se aprende á conocer á fondo á los hombres: un esclavo cantaba con voz robusta; una mujer lloraba amantando al niño que en breve no habría menester del seno maternal, y un discípulo de Cenon deploraba la pérdida de la vida. Cimodocea lloraba á su padre y á su esposo, y dirigía fervientes plegarias al que sabe hallarnos hasta en las entrañas de los monstruos del abismo.

Una violenta sacudida entreabre la combatida galera, y las aguas se precipitan en revueltos torrentes en el albergue de los pasajeros, que ruedan en desorden: un apagado grito sale de este horrible caos.

Una ola había penetrado en la popa, y la hija de Homero y Doroteo se vieron arrojados al pié de la escalera del puente, al que subieron medio ahogados. ¡Qué espectáculo! El bajel había encallado en un banco de arena, y á dos tiros de flecha de la proa descollaba sobre las turbias olas una lisa y verde roca, cortada á pico. Algunos marineros arrastrados por la marejada, nadaban dispersos sobre el inmenso abismo, en tanto que otros se mantenían asidos á los cables y á las áncoras. El piloto, armado con un hacha, derriba el mástil, y el abandonado timon gira al acaso, chocando sobre sí mismo con roncó estrépito.

Una débil esperanza brillaba aun: las olas, al engolfarse en el estrecho, podían levantar la rota galera y arrojarla al lado opuesto del temido banco de arena. ¿Pero quién osará regir el timon en tan crítico momento, si un falso movimiento del piloto podía causar la muerte á doscientas personas? Los marineros dominados por el temor, no insultaban ya á los dioses cristianos; y reconociendo al contrario el poder de su Dios, les suplicaban les obtuviesen de él la vida. Cimodocea, olvidando las ofensas recibidas y sus propios peligros, se arrodilla y hace un voto á la Madre del Salvador. Doroteo empuña el olvidado timon, y fijos los ojos en la popa y entreabierto los labios, espera la oleada que hará rodar en la nave la vida ó la muerte. La oleada se levanta imponente, se acerca y se estrella: óyese al timon girar con esfuerzo sobre sus enmohecidos goznes; el inmediato escollo cambia al parecer de lugar; percíbese con cierta mezcla de viva alegría y espantosa duda que la nave se levanta y es rápidamente impelida, y por un momento el más terrible silencio reina entre los ma-

rineros; de improviso, una voz pide la sonda; la sonda baja al abismo; y al advertir que se hallaban en unas aguas profundas, un simultáneo clamor de júbilo sube hasta el cielo.

Estrella de los mares, Patróna de los navegantes, la salvacion de aquellos desgraciados milagro fue de tu divina bondad. Nadie vió á un dios imaginario alzar la cabeza sobre las ondas é imponerles silencio; pero una luz sobrenatural rasgó las nubes, y en medio de refulgente gloria dejóse ver una mujer celestial con un niño en brazos, aplacando las embravecidas olas con benigna sonrisa. Los marineros se arrojan á los piés de Cimodocea y confiesan á Jesucristo; ¡prime! recompensa que el Eterno concedía á las virtudes de una perseguida virgen!

El bajel se acerca pausadamente á la costa, donde se elevaba una abandonada capilla cristiana. Los marineros arrojan al mar algunos sacos llenos de piedras atadas á un cable de Tiro y el áncora sagrada, último recurso de los naufragos; y habiendo ya logrado asegurar la galera, todos se apresuran á abandonarla. Semejante á una reina rodeada de la turba de cautivos que acaba de librar de ruda esclavitud, Cimodocea desembarca en hombros de los regocijados marineros, y cumple en el acto su voto. Dirigese á la ruinoso capilla, siguiéndola los marineros de dos en dos, medio desnudos y cubiertos con la espuma de las ya domadas ondas. Ora fuese obra de la casualidad, ora celestial designio, veíase en aquel desierto asilo una imagen medio rota de María, de la que la esposa de Eudoro suspendió su velo empapado en las aguas del mar. Cimodocea tomaba posesion del teatro brillante reservado á su gloria, y entraba en triunfo en el suelo de Italia.

LIBRO VIGÉSIMO.

SUMARIO. Cimodocea, detenida por los satélites de Hierocles, es llevada á Roma. Insurreccion popular. Cimodocea, libre del poder de Hierocles, es encarcelada como cristiana. Desgracia del procónsul, quien recibe orden de trasladarse á Alejandria. Carta de Eudoro á Cimodocea.

LA aurora había de nuevo traído á los mortales las fatigas y los dolores, y por todas partes emprendían de nuevo sus penosos trabajos: el labrador seguía lentamente el arado, regando con su sudor el surco trazado por el tardo buey; la fragua resonaba á los ruidos golpes del martillo que caía con acompasado movimiento sobre el encendido hierro, y confuso rumor se elevaba en las ciudades. El cielo estaba sereno, y apacible el Oriente. No precedió á Cimodocea una galera engalanada de cintas, ni un carro tirado por cuatro caballos blancos la esperaba en la playa; los honores que la Italia le preparaba eran los que destinaba á los cristianos: la persecucion y la muerte.

Los decretos del cielo habían conducido á la hija de Homero no lejos de Tarento, al pié de un avanzado promontorio que ocultaba á los ojos de los naufragos la patria de Architas. El piloto subió á unos elevados peñascos y gritó con voz segura:

«¡Italia, ¡Italia!»
Al oír este nombre, Cimodocea experimentó un vivo estremecimiento; su seno se levantó como una ola entumecida por el viento; viéndose Doroteo precisado á sostenerla en sus brazos; ¡tan intenso fue su placer al pisar la misma tierra que su esposo! Dios que la alejaba de su padre, á quien creía aun en Mesenia, le permitía volar á Roma.

«Ya soy cristiana, decía; Eudoro no puede ya impedirme que participe de sus dolores.»

Al pronunciar Cimodocea estas palabras, vióse doblar el vecino promontorio á un bajel remolcado por una barca cargada de soldados: en breve los marineros dejan de remar, y cortando los soldados el cable que servia para remolcar el bajel, este se detiene, sumérgese lentamente y al fin desaparece en las olas.

Era una de las galeras llenas de pobres y desgraciados á quienes Galerio hacia arrojar al mar en solitarias costas. Algunas de aquellas víctimas, libres de sus ataduras por las olas, nadaban hácia la barca de los soldados, que les rechazaron con sus picas, y uniendo el sarcasmo á la ferocidad, les enviaron á cenar al palacio de Neptuno. Ante espectáculo tan horroroso, los marineros de la galera de Cimodocea huyen despavoridos á lo largo de las sirtes; pero Doroteo y su compañera no pueden vencer en su corazón la caridad, indeleble sello del cristiano: llaman á los desgraciados que luchan aun con la muerte, les alargan las manos y consiguen salvarlos. Al punto, los ministros de Galerio llegan á la orilla, y rodeando á Galerio y á la hija de Demócoco, el centurion les pregunta con voz amenazadora:

«¿Quiénes sois los que no teméis arrancar á la muerte los enemigos del emperador?»

—Soy Doroteo, respondió el cristiano, cuya indignacion no pudo ser dominada por la prudencia, y llevo los deberes impuestos al hombre. ¡Ah! ¡es preciso que Tarento haya conservado irritados á sus dioses, para haber perdido de tal manera toda nocion de piedad y justicia!

Al nombre de Doroteo, conocido en todo el imperio, el centurion no se atrevió á poner la mano sobre un hombre de tan elevada clase; pero preguntó quién era la mujer que por su imprudente piedad se había hecho culpable, violando los edictos.

«Sin duda es cristiana! exclamó, al observar su humanidad y modestia. ¿A dónde vais? ¿de dónde venis? ¿cómo habéis llegado aquí? ¿Sabéis que no se puede entrar en Italia sin orden espresa de Hierocles?»

Doroteo refirió su naufragio, procurando ocultar el nombre de su compañera; pero receloso el centurion, se trasladó á la embarcacion naufraga.

Cuando amenazada por los marineros, Cimodocea se había visto cercana á la muerte, escribió á su padre y á su esposo dos cartas de despedida, llenas de dolor y pasión. Estas cartas que habían quedado á bordo, descubrieron su nombre á los soldados, y una cruz hallada sobre su cama denunció su religion: así Filomela se entrega por los amorosos cantos que la descubren al cazador; así se reconoce á las esposas de los reyes por su cetro.

Esto viendo, el centurion dijo á Doroteo:

«Debo mantenerte bajo mi vigilancia con esta meseniana, pues las órdenes contra los cristianos se ejecutan con todo rigor, y si os dejase en libertad, mi propia vida correría peligro. Voy á hacer partir un mensajero, y el ministro del emperador dispondrá de vuestra suerte.»

Hierocles ejercía á la sazón en el mundo romano un poder ilimitado, pero estaba sumido en vivas inquietudes, porque Publio, prefecto de Roma empezaba á suplantarle en el favor de Galerio. El rival de Hierocles desconfiaba á este en todos sus proyectos: si cansado de esperar el regreso de Cimodocea, el perseguidor queria entregar á Eudoro á los tormentos, Publio hallaba algun medio de retrasar el sacrificio; si fiel Hierocles á sus primeros planes aplazaba el juicio del hijo de Lastenes, Publio decia al emperador:

«¿Por qué el ministro de tu eternidad no entrega á la cuchilla al peligroso caudillo de los rebeldes?»

El silencio del Oriente respecto de la hija de Homero, alarmaba tambien el culpable amor del perseguidor, que en su impaciencia había colocado centinelas en todos los puertos de Italia y Sicilia, al paso que numerosos correos le llevaban día y noche noticias

de la costa. En medio de estas perplejidades recibió al mensajero de Tarento, y al oír el nombre de Cimodocea prorumpió en un grito de alegría, abandonando su lecho: así pinta el cantor de Ilión al monarca del Tártaro cuando se lanza de su trono. Trémulos los labios y estraviados los ojos por el amor y la alegría, exclamó:

«Traed á mi presencia á mi esclava meseniana! ¡Mi felicidad me la devuelve!»

Y mandó que el oficial del palacio de Diocleciano fuese puesto en libertad.

Doroteo tenía en Roma numerosos partidarios y protectores celosos aun entre los paganos, porque jamás se había servido de su fortuna y poder sino para evitar las violencias y servir de escudo á la inocencia; así recogía en aquel momento el fruto de sus virtudes, y la opinion pública le servía de escudo contra un ministro protervo. El encuentro de este poderoso cristiano y de Cimodocea se presentó como un efecto de la casualidad á Hierocles, que no quiso atraerse nuevos enemigos cuando tenía que combatir el poder de Publio. El apóstata advertía interiormente que el odio público amagaba su cabeza; y temiendo sublevar al pueblo en favor de un anciano sacerdote de los dioses, había dejado á Demócoco vagar en la oscuridad en medio de Roma. Dios empezaba á cegar al perverso, que en lugar de encaminarse directamente al propuesto fin, se embrollaba en sus humanas previsiones, y á fuerza de política, astucia y cálculo, venía á caer en los mismos lazos que procuraba evitar. Hierocles parecia aun poderoso á los ojos de la muchedumbre, pero el ojo avizor descubría en él inequívocas señales de decadencia y ruina: así se eleva una encina cuya copa toca al cielo y cuyas raíces bajan á los infiernos; arrostra al parecer los inviernos, los vientos y el rayo; el viajero, sentado á su pié admira las robustas ramas que han visto pasar numerosas generaciones, mientras el pastor que contempla al rey de los bosques desde la erguida colina, ve estenderse sobre la mentida lozania de su ramaje una corona seca.

En una colina que dominaba el anfiteatro de Vespasiano, Tito había construido un palacio con los escombros de la casa dorada de Nerón. Allí se hallaban reunidas todas las obras maestras de la Grecia. Espaciosos peristilos, salas incrustadas en mármoles de Oriente y pavimentadas de preciosos mosaicos, desplegaban á la admirada vista los milagros de la escultura antigua: el Mercurio de Cenodoro, arrebatado á la ciudad de Babilonia en las Galias, llamaba la atencion por sus colosales dimensiones, que en nada perjudicaban á la ligereza de sus formas; la Tocadora de flauta de Lisipo parecia vacilar riendo, bajo el poder de Baco; la Venus de bronce de Praxiteles disputaba el premio de la hermosura á la Venus de mármol de este artista divino; su Matrona llorosa y su Friné en la alegría, mostraban la flexibilidad de su arte, descubriéndose la pasión del escultor en las facciones de la cortesana, que parecia prometer al genio la recompensa del amor. Admirábase al lado de Friné la Leona sin lengua, simbolo ingenioso de aquella otra cortesana que prefirió espirar en los tormentos á delatar á Harmodio y á Aristogiton. La estatua del Deseo, que lo hacia nacer, la de Marte en reposo y de Vesta sentada, inmortalizaban en aquellos lugares el talento de Escopas. Galerio había agregado á todos estos monumentos de incalculable valor, el Toro de bronce que Perilo inventó para Falaris.

El nuevo emperador habitaba este fastuoso palacio, y su digno ministro Hierocles ocupaba uno de los pórticos de la soberbia morada del señor del mundo, escediendo en magnificencia sus habitaciones á las de Galerio.

En las paredes esmeradamente bruñidas, veíanse representados encantadores paisajes, dilatados bos-

ques y frescas cascadas, al paso que los cuadros de los mas eminentes maestros decoraban los baños que respiraban delicias y los voluptuosos gabinetes; aquí se admiraba la *Juno Lacinia*: para servir de modelo á esta obra maestra, los agrigentinis presentaran en otro tiempo sus hijas desnudas á Zeuxis; allí se ostentaba la *Venus de Apeles*, saliendo de las olas, digna de reinar sobre los dioses ó de ser amada de Alejandro.

Veíase allí morir de amor al *Sátiro* de Protógenes: el morador de los bosques espiraba sobre el musgo á la entrada de una gruta cubierta de yedra; su mano sin fuerza dejaba caer la flauta, roto su tirso y en el suelo su taza; siendo tan ingenioso el artificio del pintor, que habia sabido reunir lo que el amor tiene de mas material en el bruto y de mas celestial en el hombre. ¡Maldición al que hizo salir las bellas artes de los templos de la Divinidad, para embellecer con ellas la mansion de los mortales! Así, las sublimes obras del silencio, de la meditacion y el génio, se convirtieron en causas, elementos y testigos de los mayores crímenes ó de las mas vergonzosas pasiones.

Hierocles esperaba la hija de Homero en la mas hermosa sala de su palacio. En un ángulo de esta sala veíase al *Apolo* vencedor de la serpiente enemiga de Latona, y en el ángulo opuesto descollaba el grupo de *Lacoonte y sus hijos*, como si el sabio en medio de sus deleites no hubiera podido prescindir de la imagen de la humanidad afligida. La púrpura, el oro y el cristal resplandecian por donde quiera, y oíase incesantemente el blando rumor de las aguas y de una música lejana; las mas estrañas flores del Asia embalsamaban el ambiente y aromas esquisitos ardian en pebeteros de alabastro.

Los satélites de Hierocles le traen al fin la presa que ha tanto tiempo persigue: Cimodocea es conducida á las plantas del perseguidor por oscuros pasadizos y puertas secretas que se cierran suspicazmente á su espalda; los esclavos se retiran, y la hija de Demodoco queda sola con un monstruo que no teme á los dioses ni á los hombres.

La desventurada ocultaba su dolor bajo los pliegues de un velo, y se oía el rumor de su llanto, á la manera que en los bosques se escucha el murmullo de oculto manantial; agitado su seno por el temor, elevaba su blanca túnica, y su presencia llenaba la sala de esa luz semejante á la vaga claridad que despiden los ángeles y los espíritus bienaventurados.

Hierocles permanece turbado algunos momentos ante la autoridad de la inocencia, la debilidad y el infortunio; y ávidas sus miradas se gozan en la admiracion de tantos atractivos; el perverso contempla con espantoso ardor á la mujer que nunca habia visto tan cerca; á la mujer cuya mano ó velo nunca habia tocado; cuya voz nunca habia oído sino en los coros de las doncellas, y que, no obstante, habia dispuesto de los dias, de las noches, de los pensamientos de los sueños y crímenes del apóstata. Pero á poco, la pasion de este hombre, presa del infierno, domina el primer momento de duda y turbacion; y mintiendo primero una moderacion que el amor, los zelos, la venganza y el orgullo no podian permitir á su corazón, dirige estas insidiosas palabras á Cimodocea:

—Cimodocea! ¿por qué ese temor y esas lágrimas? ya sabes que te amo; sumiso á tu voluntad, me verás obedecerte como un esclavo, si accedes á escucharme.

Y el insolente favorito de la fortuna levanta el velo de Cimodocea, cuyas gracias le deslumbran. La virgen se ruboriza, y ocultando en su seno el rostro bañado en amargas lágrimas, responde:

—Nada quiero de tí; solo te pido me restituyas á mi padre, pues los bosques del Pamiso son mas gratos á mi corazón que todos tus palacios.

—¿Pues bien! repuso Hierocles, te restituiré á tu

padre y colmaré á ese anciano de gloria y riquezas; pero no olvides que una resistencia inútil podria perder para siempre al autor de tus dias.

—¿Me devolverás tambien á mi esposo? preguntó Cimodocea, alzando las suplicantes manos.

A este nombre, Hierocles palideció, y con mal repimido encono, repuso:

—¿Cómo! ¿te devolveria á ese pérfido que se ha apoderado de tu corazón por medio de filtros y encantamientos? ¡Oye! Eudoro va á perder la vida en los tormentos; ¡pues bien! ¡juzga ahora el amor que me inspiras! libertaré de la muerte á ese odiado rival!

Alucinada Cimodocea, exhala un grito de gozo, y cayendo á los piés de Hierocles, abraza sus rodillas.

—¡Ilustre señor! exclama, tú brillas al frente de los sabios. Mi padre Demodoco me ha dicho muchas veces que la filosofia eleva á los mortales sobre los que yo llamaba dioses. ¡Proteje, pues, oh señor de los hombres, proteje la inocencia y reune á dos esposos victimas de injusta persecucion!

—Ninfa divina, gritó Hierocles enajenado de amor, alza del suelo! ¿No adviertes que tus encantos destruyen el efecto de tus ruegos? ¿Quién podria cederte á un rival? La sabiduría, jóven demasiado amable, consiste en seguir las inclinaciones del corazón; no des fe á una religion salvaje que intenta avasallar tus sentidos. Los preceptos de pureza, modestia é inocencia, útiles son sin duda á la multitud; pero el sabio disfruta en secreto de los bienes de la naturaleza. Los dioses no existen, ó no toman parte alguna en los acontecimientos de la tierra. Ven, pues, ¡oh virgen candorosa! ven y abandonémonos sin remordimiento á las delicias del amor y á los favores de la fortuna.

Esto diciendo, abraza á Cimodocea como la serpiente que se enrosca en torno de una tierna palmera ó de un altar consagrado al Pudor. La hija de Demodoco se desprende con indignacion de los impuros abrazos del monstruo, y exclama:

—¿Cómo! ¿es ese el lenguaje de la sabiduría? ¡Enemigo del cielo, te atreves á hablar de la virtud! ¿No me has prometido salvar á Eudoro?

—¿Me has comprendido mal! replicó Hierocles con el corazón desgarrado por los zelos y la cólera. Me hablas demasiado de ese hombre, mas abominable á mis ojos que el infierno con que me conminan los cristianos; el amor que le profesas es la sentencia irrevocable de su muerte. Por última vez sabe á qué precio concederé la vida á Eudoro: ¡morirá sino eres mia!

Y la reprobacion se mostró en toda su plenitud en el demudado semblante de Hierocles.

Una satánica sonrisa contrae sus labios y sus ojos destilan gotas de sangre. La cristiana, presa hasta entonces del terror, se siente de repente reanimada por el golpe destinado á abatirla. Solo es temible el principio de la adversidad; pues al llegar el infortunio á su colmo, el alma encuentra, alejándose de la tierra, regiones tranquilas y serenas: á la manera que cuando se sube á lo largo de un desatado torrente, el estrépito de las olas inspira hondo pavor en medio del valle; pero á medida que se penetra en la montaña, las tumultuosas aguas disminuyen, el temeroso estruendo se debilita, y el curso del viajero va á terminar en las regiones del silencio, felices vecinas del cielo.

Cimodocea, lanzando á Hierocles una mirada de desprecio, le dijo:

—¿Te comprendo, miserable! ahora veo por qué mi esposo no ha recibido aun su anhelada corona; sabe, empero, que no compraré á precio de mi deshonra la vida del guerrero á quien amo mas que á la luz de los cielos. No hay suplicio que Eudoro no prefiera al de verme tuya; á pesar de su actual debilidad, mi esposo se burla de tu poder, porque no puedes darle

sino la palma gloriosa, que con él espero compartir.

—¡No! gritó frenético Hierocles; no perderé el fruto de tantos sufrimientos, de tantas humillaciones y planes; obtendré por la fuerza lo que de grado me niegas, y verás perecer al traidor á quien no quieres salvar.

Dice; y persigue por la anchurosa sala á Cimodocea, que precipitándose á los piés del *Lacoonte*, amenaza al desatado perseguidor diciéndole se estreñaria la cabeza contra el inerte mármol; abraza con vigor la estatua, y parece un tercer hijo que espira de dolor á los piés de un padre sin ventura.

—Padre mio! exclama, ¡padre mio! ¿no acudirás en mi auxilio? ¡Virgen santa! ¡apiádate de mí!

No bien pronunciada esta fervorosa invocacion, el palacio resuena á los clamores de mil voces tumultuarias, y sus puertas de bronce se estremecen á los redoblados golpes.

Asombrado Hierocles, desiste de su criminal tentativa; Dios, que le inspira un súbito pavor, hiela el corazón y fija los pasos del malvado.

—Es la Virgen santa! grita alentada Cimodocea; ¡sí, ya llega! ¡Inicuo! ¡vas á ser confundido!

El tumulto crece; Hierocles abre la puerta de una galeria que dominaba los patios del palacio, y ve á una multitud inmensa en derredor de un anciano que agitaba en alto el ramo de suplicante y ostentaba el manto y las cintas de un sacerdote de los dioses. Por todas partes plobaban el aire estos gritos:

—¡Señal devuelta su hija! ¡sea entregado el traidor al que suplica al pueblo romano!

Estas confusas palabras llegan á Cimodocea, que se lanza veloz á la galeria, y reconoce á su padre... ¡Demodoco en Roma!...

Cimodocea se asoma, estiendo sus brazos y se inclina hácia Demodoco. Un grito general repite:

«¡Héla allí! ¡es una sacerdotisa de las Musas! ¡es la hija de este anciano sacerdote de los dioses!»

Demodoco reconoce á su hija, la llama por su nombre, derrama torrentes de lágrimas, rasga sus vestiduras y alarga al pueblo ambas manos en suplicante ademán. Hierocles fuera de sí llama á sus esclavos é intenta sustraer á Cimodocea, pero la exasperada muchedumbre le grita:

«¡Ay de tí, Hierocles! ¡con nuestra propia mano te despedazaremos si inferiores el mas leve ultraje á esa virgen de las Musas!»

Algunos soldados confundidos con el pueblo desenvainan sus aceros y amenazan al perseguidor. Cimodocea se ase á las columnas de la galeria, y la Riena de los ángeles la fija á ellas por medio de invisibles nudos: nada puede arrancarla de allí.

Asustado Galerio por el tumulto que en palacio oía, se asoma á un balcon frontero, rodeado de su corte y sus guardias. El pueblo insiste y clama:

«¡César! ¡justicia, justicia!»

El emperador impone silencio con un ademán; y el pueblo romano, con el buen sentido que le caracteriza, calla y escucha.

El prefecto de Roma, que favorecia clandestinamente aquella escena, con el designio de perder á Hierocles, se hallaba al lado de Galerio, é interroga al pueblo:

«¿Qué pides á la justicia de Augusto?»

—Anciano, responde! replicó la multitud.

Demodoco tomó la palabra:

—Hijo de Júpiter y de Hércules, divino emperador, ten piedad de un padre que reclama á su hija, encerrada por Hierocles en tu palacio! ¡héla allí, en desorden el cabello, asida á ese pórtico, cerca de su sacrilego raptor, que no respeta á una sacerdotisa de las Musas; yo soy tambien sacerdote de los dioses; ¡protege, pues, la inocencia, la ancianidad y los altares!

Hierocles responde desde lo alto del pórtico:

—Divino Augusto, y tú pueblo romano, se intenta

sorprenderos: esta griega es una esclava cristiana que se pretende arrebatarme injustamente.

—¿No es cristiana! mi hija no es esclava, pues yo soy ciudadano romano. ¡Pueblo! no escuches á nuestro enemigo.

—¿Tu hija es cristiana? gritó el pueblo con voz unánime.

—¿No! respondió Demodoco, es sacerdotisa de las Musas: es cierto que para casarse con un cristiano intentaba...

—¿Es cristiana? volvió á preguntar el pueblo; ¡Hable ella misma!

Entonces Cimodocea, levantando al cielo sus ojos, respondió:

—Soy cristiana.

—¿No, no lo eres! replicó Demodoco con amargos sollozos.

¿Tendrias la barbarie de querer separarte para siempre de tu padre? ¡Augusto, pueblo romano! mi hija no ha sido marcada con el sello de la nueva religion.

En aquel momento, la hija de Homero descubrió á Doroteo en medio de la multitud.

—Padre mio! dijo la doncella anegada en lágrimas, veo á tu lado á Doroteo, quien sin duda te ha traído para salvarme; él sabe que soy cristiana y que he sido marcada con el sello de mi religion, pues ha sido testigo de mi felicidad. No puedo negar mi fe: quiero ser la esposa de Eudoro!

El pueblo, dirigiéndose á Doroteo, le pregunta:

—¿Es cristiana?

Doroteo bajó la cabeza y no respondió.

«¡Ya lo veis! gritó Hierocles, es cristiana. Reclamo, pues, á mi esclava.»

El pueblo estupefacto vacilaba entre su furor contra los cristianos y su compasion hácia Cimodocea; pero satisfaciendo al par su justicia y sus pasiones, dijo:

«Si Cimodocea es cristiana, sea entregada al prefecto de Roma y sufra la suerte de los cristianos; pero no permanezca al lado de Hierocles, cuya esclava no puede ser, puesto que Demodoco es ciudadano romano.»

Augusto confirmó esta sentencia inclinando la cabeza, y Publio se apresuró á ejecutarla.

Retirado á su palacio, Galerio se sintió agitado por movimientos de vergüenza y cólera, porque no podia perdonar á Hierocles haber sido causa de un motin que habia osado violar la morada imperial.

El prefecto de Roma se acerca á Galerio y le dice:

—¿Augusto! la sedicion está aplacada, y esa cristiana de Mesenia ha sido reducida á prision. ¡Príncipe! no puedo ocultártelo: tu ministro ha comprometido la existencia del imperio; ese hombre dice ser enemigo de los cristianos, y no obstante perdonaba no há mucho la vida al mas peligroso de los rebeldes. Cimodocea estaba destinada á ser esposa de Eudoro, y es por cierto gran desventura que tu primer ministro sostenga ridículas luchas de zelos con el jefe de tus enemigos.

Publio, que advirtió el efecto de estas palabras, se apresuró á añadir:

—Pero no son estos, los únicos desaciertos de Hierocles: si ha de dársele crédito, él es quien te ha hecho nombrar Augusto; ese griego que debe todo á tus bondades, te ha revestido de la púrpura...

Publio se interrumpió al llegar aquí, como si reservase secretos aun mas ofensivos á la magestad del príncipe. Galerio se avergonzó, y el astuto cortesano conoció habia tocado la llaga oculta.

Publio no habia ignorado la llegada de Doroteo á Roma, ni su entrevista con Demodoco, ni las tentativas de este para conducir la multitud al palacio; fácil, pues, le hubiera sido evitar el tumulto popular, pero



CIMODOCEA EN EL SANTO SEPULCRO, EN JERUSALÉN.

no quiso impedir que estallase un motin que podía derribar á Hierocles, y aun favoreció por medio de agentes secretos los proyectos de Demodoco; disponiendo á su placer de todos los resortes que ponian en juego aquella gran máquina, sus insidiosos discursos acabaron de alarmar el inseguro espíritu de Galerio.

—Librame de ese cristiano y de sus cómplices, dijo el emperador. Veo con sentimiento que Hierocles no puede permanecer por mas tiempo á mi lado; pero en recompensa de sus antiguos servicios le nombro gobernador de Egipto.

Entonces Publio, en el colmo de su alegría, repuso:

—Tu magestad divina descanse de todos sus cui-

dados en mi celo. Eudoro merece mil veces la muerte; pero como sus traiciones no están bastante probadas, bastará hacerle juzgar como cristiano, y Cimodocea será condenada á su vez con la turba de los íppios. Hierocles va á recibir las órdenes de tu Eternidad.

Así habló Publio y comunicó sin demora á Hierocles su destino.

El perverso ministro leyó una y otra vez la carta imperial que le alejaba de la corte. Sus pálidas mejillas, sus estraviados ojos y entreabiertos labios expresaban harto fielmente la intensa amargura del cortesano criminal que ve desvanecerse en un instante los dorados ensueños de toda su existencia.

¡Dios de los cristianos! exclamó, eres tú quien me persigue? ¿Deseando obtener á Cimodocea, he

dilatado la vida de Eudoro; y Cimodocea me huye, y mi rival morirá al golpe de ajena mano! He despreciado en Roma á un viejo oscuro y sin valia, he creído debía dejar en libertad á un cristiano poderoso, y Demodoco y Doroteo me han perdido! ¡Oh ciega prevision humana! ¡Oh vana y jactanciosa sabiduría, que no has podido conservarme el poder, y que tampoco puedes consolarme de su pérdida!»

Tales eran las confesiones que la vehemencia del dolor arrancaba á Hierocles, mientras indignas lágrimas surcaban su rostro. Deploraba su mal éxito respecto de una débil mujer de escaso criterio y

menos corazón; hubiera querido, no obstante, salvar á Cimodocea, pero el villano no sentia en sí bastante arrojo para arriesgar su vida por ella.

Mientras titubeaba entre mil proyectos, no pudiendo arrostrar la tormenta ni acceder á alejarse, Doroteo habia instruido á Eudoro de la llegada de Cimodocea y de los acontecimientos en el palacio ocurridos. Los confesores reunidos en derredor del hijo de Lastenes, le felicitaban por haber elegido esposa tan animosa y fiel; grande era la alegría de Eudoro, aunque ¡ciburada por los nuevos peligros que iba á correr la jóven cristiana.



EL ESCLAVO DE HIEROCLES EN CASA DEL VIEJO JUDIO.

«¡Ha sido la primera que ha confesado á Jesucristo! exclamaba en santos trasportes. ¡Tanto honor estaba reservado á su inocencia!»

Y derramaba lágrimas de ternura al pensar que su amada habia recibido el bautismo en las aguas del Jordán por mano de Gerónimo.

«¡Es cristiana!» repetía sin cesar, ha confesado á Jesucristo en presencia del pueblo romano; ya puedo morir en paz, que ella vendrá á reunirse á mí!»

Un rayo de esperanza empezaba á brillar en los calabozos, imaginando que la desgracia de Hierocles podía ocasionar un cambio en el imperio. Constantino amenazaba á Galerio desde el fondo del Occidente, y el mensajero que Eudoro habia enviado á Diocleciano podía traer faustas nuevas. Cuando un bajel ha naufragado en noche horrorosa, los marineros beben las amargas aguas y luchan debilmente con las iracundas olas; si entonces, falaz una aurora rompe un momento las tinieblas y descubre á los desgraciados una tierra inmediata, nadan con esfuerzo hácia la anhelada playa; pero en breve la aurora se apaga, la tempestad muge con nueva furia y los nautas se sumergen en el abismo; ¡tal fue la breve esperanza, tal la triste suerte de los cristianos!

Los mártires entonaban aun al Altísimo un cántico de alabanzas, cuando vieron entrar á Zacarias.

Ya el apóstol de los francos conocia el destino de su amigo:

«¡Cantad! dijo, ¡cantad, amigos míos! tenéis un justo motivo de alegría. Mañana, un gran santo aumentará tal vez el número de vuestros intercesores cerca de Dios.»

Todos los confesores enmudecieron, y durante algunos momentos profundo silencio reinó en las prisiones. Todos procuraban adivinar quien era la dicha víctima; cada cual deseaba que la suerte recayese en él; todos recorrían en su mente los títulos que podían presentar á tal honor. Eudoro comprendió desde luego á Zacarias, pero rechazaba las esperanzas del martirio como un pensamiento soberbio, como una tentacion del infierno; temia pecar de soberbia mencionándose á sí mismo; juzgábase indigno de morir con preferencia á aquellos antiguos confesores, que tanto tiempo combatieran por Jesucristo. Zacarias puso pronto fin á tan sublime incertidumbre, á emulacion tan divina; y acercándose á Eudoro le dijo:

«¡Hijo mio! te he salvado la vida, y pues me debes tu gloria, no me olvides cuando te remontes al cielo.»

Al punto, todos los obispos, todos los sacerdotes y todos los presos caen de rodillas á los pies del mártir.

tir, besan la orla de su manto y se encienden a sus oraciones. Eudoro en pie en medio de aquellos ancianos prosternados, semejaba a un joven cedro del Libano, único renuevo de un bosque antiguo derribado a sus pies.

Un licitor precedido de dos esclavos que llevaban unas antorchas de ciprés, penetra en el calabozo. Sorprendidos de la humildad de los presos, que continuaban en la misma actitud, no daban asenso a sus ojos:

—Rey de los cristianos, dijo el licitor al esposo de Cimodocea, ¿quién en tu pueblo es el tribuno llamado Eudoro?

—¡Yo! respondió el hijo de Lastenes.

—Pues bien: dijo el licitor, con creciente asombro, estás condenado a muerte.

—¡Bien lo ves en mis honores! repuso Eudoro.

Un esclavo desenvolvió el fatal escrito, y leyó en alta voz la sentencia de Publio:

«Eudoro, hijo de Lastenes, natural de Megalópolis en Arcadia, antiguo tribuno de la legión británica, general de la caballería, y prefecto de las Galias, comparecerá mañana ante el tribunal de Festo, juez de los cristianos, para sacrificar a los dioses ó morir.»

Eudoro se inclinó y el licitor salió.

A la manera que en las fiestas de la ciudad de Teseo se ve á una joven canéfora ocultarse á los ojos de la multitud que ensalza su pudor y sus gracias: así Eudoro que ostenta ya las palmas del sacrificio, se retira al fondo de su prision para sustraerse á los elogios de sus compañeros de gloria. Pide el licor misterioso de que los cristianos se servían entre sí en tiempo de persecuciones, y escribe su despedida á Cimodocea.

Ángel de los santos amores, tu que guardas fielmente la historia de las pasiones virtuosas, ¿dignate confiarme la página del libro en que grabastes los tiernos y piadosos sentimientos del mártir!

«Eudoro, siervo de Dios, encarcelado por su amor á Jesucristo, á mi hermana Cimodocea, destinada á ser mi esposa y compañera de mis combates, paz, gracia y amor.

«Paloma mía, amada mía: he sabido con una satisfacción digna del amor que mi corazón te profesa, que has sido bautizada en las aguas del Jordán por mi amigo el solitario Gerónimo. Acabas de consagrarte á Jesucristo en presencia de los jueces y príncipes de la tierra. ¡Oh verdadera sierva de Dios, que brillo aumentará ahora tu hermosura! ¿Podría quejarme yo, tanto justamente castigado, mientras tú, «Eva aun no caída, sufres las persecuciones humanas? Es para mí una peligrosa tentación la idea de que esos brazos tan débiles y delicados se ven doblados al peso de las cadenas; que esa cabeza, adornada con todas las gracias de las vírgenes, y que merece ser sostenida por la mano de los ángeles, reposa sobre una piedra en las tristes sombras de una cárcel. ¡Ah! si me hubiera sido dada la felicidad á tu lado! ¡Lejos, empero, de mí tal pensamiento! «Hija de Homero! Eudoro va á precederte en la mansión de los inefables conciertos; es preciso que corte el hilo de sus días, como un tejedor corta el hilo de su tela, medio tejida. Te escribo desde la cárcel de San Pedro, el primer año de la persecución. Mañana compareceré ante los jueces á la hora en que Jesucristo espiró sobre la cruz. ¿Querida mía! ¿mi amor sería mas intenso si te escribiese desde un palacio real y durante la época de las prosperidades?

«Precisos dejarte, ¡oh tú que has nacido la mas hermosa entre las hijas de los hombres! Pido al cielo con lágrimas me permita volver á verte en la tierra, aunque solo sea un momento. ¿Me será concedida esta gracia? Espero resignado los altos decretos de

«la Providencia. ¡Ah! si nuestros amores han sido de escasa duración, á lo menos han sido puros. «A imitación de la Reina de los ángeles, conservas el dulce nombre de esposa, sin haber perdido el hermoso nombre de virgen. Este pensamiento que causaría la desesperación de un amor humano, constituye el consuelo de un amor divino. ¡Cuánta es mi felicidad! ¡Oh Cimodocea! yo estaba destinado á llamarte ó la madre de mis hijos, ó la casta compañera de mi eterna felicidad!

«¡Adios, pues, dulce hermana mía! ¡Adios, mi paloma, mi querida! pide á tu padre me perdone sus lágrimas. ¡Ay! Demodoco te perderá tal vez y uno es cristiano; ¡cuán desgraciado debe ser!

«Hé aquí el saludo que yo, Eudoro, añado al fin de esta carta:

«Acuérdate de mis lazos, ¡oh Cimodocea!

«¡La mansedumbre de Jesucristo sea contigo!»

LIBRO VIGÉSIMOPRIMERO.

SUMARIO. Eudoro es absuelto de su penitencia. Lamentos de Demodoco. Encierro de Cimodocea. Esta recibe la carta de Eudoro. Actas del martirio de Eudoro. El purgatorio.

Era la hora en que los cortesanos de Galerio, reclinados en almohadones de púrpura en derredor de una mesa fastuosamente servida, prolongaban las delicias del festín en las sombras de la noche. Ostentando en la mano lozanas ramas de eneldo, y ceñida la sien con coronas de rosas y violetas, cada convidado se entregaba á los trasportes de su regocijo. Unas lindas tañedoras de flautas hábiles en el arte de Tersicore, inflamaban los deseos con muelles danzas y voluptuosas canciones. Una copa de raro mérito y tan profunda como la de Néstor, animaba á la festiva concurrencia. El dios que lleva el arco y la venda y que se goza en los males que ha ocasionado, era, como en el banquete de Alcibíades, el objeto de los coloquios de aquellos venturosos mortales. El mármol, el cristal, el oro, la plata y las piedras preciosas reflejaban y multiplicaban el resplandor de las antorchas, mientras los perfumes de la Arabia se confundían con el olor de los vinos de la Grecia.

A la misma hora, los confesores cristianos, abandonados del mundo y condenados á muerte, preparaban también una fiesta y un banquete en los calabozos de San Pedro. Eudoro debía comparecer al día siguiente ante el tribunal del juez, y podía aspirar en los tormentos; era, por lo tanto, llegado el tiempo de absolverle de su penitencia.

Enciéndese una lámpara en la prision, y Cirilo, á quien el obispo de Roma había enviado sus poderes, debía celebrar la misa de reconciliación. Gervasio y Protasio son elegidos para ayudar al sacrificio, á cuyo efecto visten una túnica blanca traída por los hermanos; sus rubios cabellos caen en rizados sobre su descubierta; cuello, y virginal pudor se estiende por sus facciones. Hubiérase dicho que marchaban al martirio, al ver cuanta alegría y modestia se pintaban en el semblante de aquellos mancebos.

Los presos se arrodillaron en torno de Cirilo, que empezó en voz baja una misa sin cáliz y sin altar, por lo que los confesores alarmados ignoraban donde consagraría la víctima inmaculada; mas ¡oh invención sublime de la caridad! ¡oh tierna ceremonia! El anciano obispo deposita la hostia sobre su corazón, convertido así en altar del sacrificio. ¡Jesucristo mártir, era ofrecido en holocausto sobre el corazón de un mártir! Un dios se elevaba en aquel corazón, un dios descendía á aquel corazón.

Eudoro, despojado del traje de su penitencia, recibió en cambio una túnica de deslumbradora blancura. Perseo y Zacarías se levantaron para llenar las funciones de diácono y archidiácono, y dirigieron estas palabras á Cirilo en nombre de los cristianos:

«¡Carísimo á Dios! este es el momento de la misericordia; este penitente desea reconciliarse y la Iglesia te lo pide: ha sido postulante, oyente y postrado; hazle subir á la categoría de los elegidos.»

Cirilo dijo entonces:

«Penitente! ¿prometes mudar de vida? Levanta las manos al cielo en señal de esta promesa.»

Eudoro levantó al cielo los aherrojados brazos, y se presentó adornado con sus cadenas á la manera que una joven esposa con sus braceletes y los festones de oro que bordan su rica túnica. Cirilo pronunció sobre él estas palabras:

«¡Fiel! yo te absuelvo por la misericordia de Jesucristo que desata en el cielo todo lo que sus apóstoles desatan en la tierra.»

A estas palabras, Eudoro cae á los pies del obispo, y recite de manos del diácono el santo Viático, pan del viajero cristiano, preparado para la peregrinación de la eternidad. Los confesores admiran en medio de ellos al mártir designado, que semejante á un consul romano elegido por el pueblo, se prepara á desplegar en breve las insignias de su poder. El mundo no hubiera visto en aquella reunión de proscritos sino una turba de hombres oscuros, destinados á la penacapital; y no obstante, allí brillaban los caudillos de una raza numerosa que debía cubrir la tierra; allí se hallaban las víctimas cuya sangre iba á apagar el fuego de la persecución y hacer reinar la cruz sobre el universo. ¡Pero cuántas lágrimas debían correr antes que aquella persecución hiciese brillar el día del triunfo!

Demodoco no había llegado á Roma sino para sentir rasgado su corazón. Noticioso de la primera desgracia que amenazaba á la sacerdotisa de las Musas, había conseguido reunir al pueblo y llevarlo al palacio de Galerio; pero no bien había arrancado á Cimodocea al poder de Hierocles, le fue robada á su cariño como cristiana. Prohibióse al anciano la vista de su hija, porque la compasión había desaparecido desde que la joven meseniana se declarara prosélita de la secta proscrita. El carcelero de la prision de San Pedro era humano, compasivo y accesible al oro, por lo que se veía fácilmente á los mártires; pero Sevo, carcelero de Cimodocea, era encarnizado enemigo de los cristianos, porque su esposa Blanca, que era cristiana detestaba su vida licenciosa. Así, nunca había consentido se hablase ni aun en su presencia á la hija de Homero, y rechazaba á Demodoco con ultrajes y amenazas.

No lejos del asilo de dolor donde gemía la esposa de Eudoro, se alzaba un templo erigido por los romanos á la Misericordia; su friso estaba adornado con bajos relieves en mármol de Carrara, que representaban los asuntos consagrados por la historia ó cantados por las Musas: allí se veía aquella piadoso hija que alimentó á su padre en la cárcel, haciéndose madre del hombre de quien recibiera la vida: mas allá, Manlio, después de haber inmolado á su hijo, regresaba en triunfo al Capitolio; los ancianos le salían al paso, pero los jóvenes romanos evitaban el encuentro del vencedor. Aquí, una brillante vestal, haciendo subir por el Tiber la nave que conducía la imagen de Cibele, llevaba en su ceñidor los destinos de Roma y Cartago; acá, Virgilio, aun pastor, se veía obligado á abandonar los campos paternos; acullá, en la noche fatal de su destierro, Ovidio recibía la triste despedida de su esposa.

Los astros terminaban y volvían á empezar su carrera y hallaban á Demodoco sentado en el suelo, bajo el pórtico de aquel templo. Un sucio y desgarrado

manto, la descuidada barba, los cabellos en desorden y cubiertos de ceniza, anunciaban la amargura del venerable suplicante. Ora abrazaba los pies de la estatua de la Misericordia, regándolos con sus lágrimas; ora imploraba la compasión del pueblo; algunas veces cantaba acompañándose de la lira para tender un lazo á los transeúntes y atraer con los acentos del placer la atención que los hombres temen conceder á las lágrimas.

«¡Oh siglo de hierro! exclamaba, ¡hombres odiosos á Júpiter por vuestra dureza! ¿cómo ¿permaneceis insensibles al dolor de un padre? ¡Romanos! ¡vuestros antepasados han construido templos á la Piedad filial, y mis blancos cabellos no pueden interesaros á mi favor! ¿Soy acaso un parricida maldito de los pueblos y las ciudades? ¿He merecido ser entregado á las Euménides? ¡Ah! Soy un sacerdote de los dioses, criado sobre las rodillas de Homero, en medio del coro sacro de las Musas. ¡He pasado mi vida implorando al cielo por los hombres, y estos se muestran insensibles á mis ruegos! Y no obstante, ¿qué pido? Que me sea dado ver á mi hija, para compartir sus hierros y morir en sus brazos antes de perderla para siempre. ¡Romanos! atended á la edad tan tierna de mi Cimodocea. ¡Ah! ¡yo era el mas feliz de los mortales que el sol alumbraba en su esplendorosa carrera! Hoy, ¿qué esclavo querría trocar por la mia su suerte? ¡Júpiter me ha dado un corazón hospitalario; mas, de todos los huéspedes que en mis hogares he recibido y que conmigo han apurado la copa de la alegría, ¿hay uno solo que venga á tomar parte en mi dolor? ¡Cuán insensato es el mortal que cree constante su prosperidad! La caprichosa fortuna en ninguna parte descansa.»

A estas palabras, Demodoco, torciendo sus manos con desesperación, se revuelca por el suelo, pero sus lastimosos clamores no atraviesan las paredes del encierro de su hija. Todos los fieles que habían precedido á la nueva cristiana en aquel sangriento lugar, habían dado la vida por Jesucristo; así, Cimodocea habitaba sola la prision. Fatigado por los cuidados que se veía precisado á tener con la huérfana, Sevo insultaba muchas veces su desgracia: tal, cuando unos groseros campesinos han apresado un águila joven en la montaña, encierran en indigna jaula á la heredera del imperio de los aires; ultrajan con innobles juegos é inhumanos tratamientos á la magestad caída; hieren su coronada cabeza; apagan aquellos ojos que hubieran mirado al sol, y atormentan de mil maneras á la joven reina que no tiene alas para huir, ni garras para rechazar tan torpes ofensas.

Alimentada en las risueñas ideas de la mitología; rodeada hasta allí de las mas placenteras y graciosas imágenes, Cimodocea apenas había conocido la tristeza y la adversidad; pues no había sido formada en esa escuela cristiana donde el hombre aprende desde la cuna que ha nacido para sufrir. Durante algun tiempo, la hija de Homero, sometida á las pruebas de la Providencia, había cambiado de religion cambiando de fortuna, y el Cristianismo se había apresurado á darle contra las aflicciones de la vida los auxilios que no le ofrecía el culto de los falsos dioses. Estudiaba con ardor los Libros Santos que en su prision hallara y que pertenecían á algun mártir; pero asediada sin cesar por los recuerdos de su niñez y juventud, no podía saborear aun en toda su plenitud esos altos consuelos de la religion, que nos elevan sobre las amarguras y miserias humanas. Muchas veces, en medio de su lectura, su cabeza se inclinaba sobre la página sagrada, y la nueva cristiana poseída de dolor, volvía á ser por un momento la sacerdotisa de las Musas. Recordaba aquella brillante luz de la Mesenia, y creía discurrir aun por los bosques del Amfiso, veía de nuevo aquellas fiestas de la Grecia, aquellos carros que rodaban bajo las sombras del Nemeo, aquellas religiosas Teorias que recorrían al son de las